Judaizantes y carreteros para un hombre de letras: A. Enríquez Gómez (1600-1663)

JESÚS ANTONIO CID
CSMP; Universidad Complutense, Madrid

I

Don Gaspar Tebes y Córdoba, marqués de la Fuente, es sucesor de una generación de diplomáticos que, como es ya tópico repetir, fue capaz —junto con la inercia— de mantener en el exterior una imagen de la Monarquía hispánica que distaba mucho de corresponder a la realidad. A lo largo de más de treinta años, el marqués ocupó embajadas centrales (Viena, Venecia, París) para seguir el curso de la política europea en el final de la gran guerra y en el nuevo equilibrio de potencias que la sucede. Sus cartas, conservadas en colección por puro azar [1], abundan en comentarios personales que revelan no poca autosatisfacción por la calidad de los informes y avisos que enviaba a la corte y que, según él, rara vez salían desmentidos. Los elogios, acaso no enteramente formularios, que por ello se le tributaban desde Madrid, contribuirían, sin duda, a favorecer el alto concepto que don Gaspar tenía de sí mismo. Hombre expedito de acciones, como lo mostró, por ejemplo, al ordenar que criados con su librea

[1] Se conservan, con lagunas, en el Archivo Histórico Nacional, sección de Estado, libros 116 a 140. La colección está formada por 24 tomos; unos contienen copias en limpio de las cartas enviadas a la corte de Madrid, los demás (también en copia) las remitidas por el rey al embajador. Según una nota fechada en junio de 1775 que se lee al principio del libro 116, sabemos que éste formaba parte de un conjunto de quince tomos (del 116 al 130) «reducidos todos a copias de cartas para S. M. del Marqués de la Fuente... desde el año 1639 a el de 1666... escritas desde Venecia y otras partes dando quenta del estado de guerras etc.», y que fueron entregados por el «Teniente cura que ha sido mucho tiempo en la Parroquia de San Justo. Dijo el sacerdote se le dieron por sujeto que ya es difunto y que no podrá decir el que era». Los originales se conservan en la sección de Estado del Archivo de Simancas, dispersos entre el conjunto de documentos. El *Catálogo*, de R. Magdaleno (Valladolid, 1976), no permite, sin embargo, hacerse una idea del contenido.

apaleasen, en plena plaza de San Marcos y a la hora de mayor concurrencia, a un pobre agente que difundía propaganda impresa a favor de Francia, el marqués podía permitirse sobornar y utilizar como confidentes a miembros del propio Senado veneciano. Precisamente al ser descubierto y ajusticiado uno de ellos, Gerónimo Cornaro, el marqués hubo de ser relevado tras catorce años de negociación ante la Signoria [2]. Pero se le trasladaba a una embajada de rango superior; su mismo exceso de celo le hacía valioso en un Estado no tan antimaquiavélico como afirmaban algunos tratadistas cándidos y bienintencionados de la época, o como han seguido repitiendo otros en tiempos más recientes [3].

A lo largo de su estancia en Venecia, los asuntos que ocupan un mayor espacio en sus comunicaciones son, sobre todo, informes en torno a la actividad de los turcos en el Mediterráneo; los esfuerzos para mantener a Venecia fuera de la órbita francesa; gestiones ante otros Estados italianos; informaciones sobre el Imperio alemán que, dada la proximidad, habían de estimarse como de mayor certeza que las obtenidas a través de Flandes, etc. Mucho espacio ocupan también los avisos con noticias de Polonia, país que se juzgaría marginal a los intereses españoles, pero que los Austrias consideraban vital como posible proveedor de grano y de levas militares.

Un capítulo más anómalo en las actividades del embajador lo forman los manejos para atraerse o silenciar, según los casos, a varios historiadores, precisamente algunos de los autores más importantes de la historiografía contemporánea sobre la gran guerra, que en estos años residían en Venecia. Desde 1644 a 1654, Fuente da noticia puntual de sus tratos con estos hombres, o con los herederos y depositarios de sus papeles. Vittorio Siri, Boccalini, Virago, el conde Galeazzo Gualdo, Maiolino Bisaccione, Cherubino (¿Gerónimo?) Brussoni, otro no nombrado que había de escribir la historia de las guerras de Cataluña y alguno más entran en la nómina. Si ha de creerse al embajador, Felipe IV mostraba

[2] En la *Relación,* traducida, de un embajador de Venecia, de gran interés para la etapa del gobierno de don Luis de Haro, se lee lo siguiente: «... Dⁿ Luis Ponze de Leon, hermano del Duque de Arcos, que fue nombrado por embajador en Alemania y no fue por haver resuelto embiar improvisamente al Marqués de la Fuente, por quitar más apriesa a Castel-Rodrigo, que con el acostumbrado exceso de su vivazidad havía maltratado al buen conde de Hauspergh, *y también para remover de Benecia al Marqués de la Fuente, hallándose en España poco satisfechos de su última insidiosa ocasión,* creiendo que con ella hubiese perdido la gracia, si no adquirido el odio, de Veª y de todo el pueblo.» (Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 5801.) La poca «satisfación» oficial y la felicitación oculta al diplomático y sus métodos son partes de lo mismo.

[3] Sirva como muestra ilustrativa el siguiente ejemplo: El Cardenal Infante escribía en septiembre de 1632 al embajador en Roma: «Con ocasión de haber salido a gobernar me ha parecido necesario leer algunos libros políticos, y como en las alegaciones pide la curiosidad lo que se dexa de ver, y la prohibición de algunos libros de este género lo defiende, me ha parecido encargaros saquéis licencia de su Santidad para poder tener y usar de qualesquiera libros políticos aunque sean prohibidos...) (A. H. N. *Estado,* libro 93 s. f.). Claro es que, además, la práctica política de los Austrias se atuvo siempre, si no sobrepasó, a los principios de la razón de Estado, con independencia de lo que se dijese en declaraciones oficiales o en escritos y panfletos de cara a la galería.

un interés obsesivo para asegurar a su imagen un trato de favor en las obras que en ese momento se están escribiendo y reparaba poco en gastos de dinero o concesiones honoríficas. Uno tras otro son sucesivamente comprados, o fingen serlo; cuando no se puede se les acusa ante el Dux, se trata de apoderarse de sus manuscritos o de impedir que se impriman. Si varios de estos autores han pasado a la historia con fama de abiertamente antiespañoles (Boccalini, Gualdo Priorato, Siri...) no fue en verdad porque no se intentase evitarlo. Pero la marcha de los acontecimientos, demasiado adversos al rey Felipe, y manejos parecidos por parte del oro francés acabaron por arruinar los intentos del embajador. Ante una tal manipulación de la historia, sucedida, además, en país neutral, caben reflexiones poco optimistas sobre el crédito que puede merecer la obra de unos autores que todavía se utilizan como fuentes autorizadas. También caben reflexiones de otro tipo, que no desarrollaremos ahora como se merecen.

II

Pero he aquí que junto a los temas recurrentes de política extranjera hallamos una carta que atañe a asunto de muy distinto orden: la fuga de criptojudíos. Su obvio interés y el hallarse fuera de los fondos de consulta habitual para el interesado en temas inquisitoriales justifica, creo, su publicación junto con otros comentarios que nos han de llevar después muy lejos de Venecia.

> «Secretaría de Italia. Carta para S. M. escrita en Venecia a 16 Ott^{re} 1649. Trata del número grande de hebreos que vienen aquí de España.
>
> Señor:
>
> Es tan considerable el número de hebreos que cada año llegan aquí con sus familias y haciendas, parte que salen de Portugal y parte que dejan a Castilla, y de tanta consideración lo que della sacan en plata, oro y joyas, o ya para encaminarse a este Guetto o ya para bolverse a Lisboa, que me ha parecido dar qta. a V. M. porque pueda mandar que se tenga cuydado en prevenir esto, assí por poderse castigar a q^{n} offende a Nro. Señor como porque no quede impugne la parte en que se obra contra V. M. sacando de sus reynos por contrabando cantidades tan grandes como dejo dicho que me asseguran. Y porque el zerrarles las puertas es el más effetivo reparo, diré a V. M. cómo el medio que de algunos años a esta parte les ha assegurado la vellaquería estoy informado que es el valerse de Mateo de Salso, natural de Tudela de Navarra, hombre ricco que tiene muchos de aquellos carros que vulgarmente llaman de la Mancha. Este, con tener subornadas todas las guardias de los puertos secos, y con la comodidad del carruage proprio, ha passado, si no toda, la mayor cant^{d} de ropa y familias que han salido para aquí, Liorno y Portugal, y lo restante un tío suyo que también se ocupava en esto. Si no estuviere en Madrid, me assegura quien dio el aviso que los carreteros de Tudela dirán donde se halla.

También diré a V. M. cómo Manuel de Silva, que tuvo en Madrid el arrendamiento del tabacco y que se obligó a levantar cierto número de gente, ha llegado aquí con toda su casa y vive judayzando con el nombre de Josef Cordovero. Lo mismo le sucedía a un hijo suyo llamado Benjamin Cordovero. Este ha pocos días que salió de aquí con el nombre de Don Alvaro de Silva; su edad será de 28 hasta 30 años, alto de cuerpo, bigotes y cavello negro, cejas pobladas, calvo, labios gruessos, blanco, con algunas pecas. Va a la Corte de V. M. donde piensa introducirse pidiendo misericordia, y, en ajustando unos negocios que dejó pendientes el padre, bolverse aquí. Y por si estas señas no bastaren, añadiré que lleva una comedia intitulada *El Rey Salomón,* escrita por Don Antonio Enríquez, que está en París, y que, llevando ánimo de venderla, se podrá saver si alguno de los autores la ha comprado y descubrirle por este medio, porque tenga el castigo que merece quien quiere abusar de la misericordia del Santo Officio de la Inquisición. Y aunque muchas veces no se llegan a lograr avisos deste género, no he querido dejar de ponerlos en noticia de V. M. cuya Catt^ca^ Persona guarde Dios como la Xtiandad ha menester. El Marqués de la Fuente.» [A. H. N. *Estado,* libro 121, ff. 132 vto. - 133 rto.]

En general, las informaciones del embajador que se contienen en este aterrador antecedente de la ficha policial se limitan a confirmar hechos bien conocidos; en algún caso precisan o añaden algo nuevo.

La situación de la judería de Venecia como punto menos que la nueva Jerusalem de Amsterdam para los judaizantes peninsulares fugitivos es descrita por Caro Baroja en su obra capital sobre *Los judíos en la España moderna y contemporánea* [4]. Venecia seguiría siendo refugio para ellos aun después de la carta de Fuente; allí veremos asentarse como judío público, entre otros, al antiguo cronista de Felipe IV, Rodrigo Mendes de Silva, tras su proceso, tormento y confiscación de bienes, y, más tarde, al doctor Cardoso [5].

De Manuel y Alvaro de Silva, personajes mucho más oscuros cuya captura interesaba al embajador, no se hallan referencias bajo esos nombres. En todo caso, el apellido es muy frecuente entre 'portugueses' perseguidos por la Inquisición; el nuevo nombre que adoptan padre e hijo lo había llevado nada menos que un místico hebreo de linaje sefardita nacido ya en la nueva diáspora, Moisés ben Jacob Cordovero [6].

[4] J. Caro Baroja, *Los judíos...,* I (Madrid, 1962), pp. 247-9.

[5] Sobre Mendes de Silva, cf. J. Caro Baroja, *Los judíos...,* II, pp. 97-102, e I. S. Révah, «Le procés inquisitorial contre Rodrigo Méndez Silva, historiographe du roi Philippe IV», *Bulletin Hispanique,* LXVII (1965), pp. 225-252, con datos muy notables sobre el período veneciano del antiguo cronista. Acerca de Cardoso, cf. también J. Caro Baroja, *La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV* (Madrid, 1963), pp. 101-115. *La Philosophia libera,* obra principal de Cardoso, se imprimió en Venecia, en 1673.

[6] J. Caro Baroja, *Los judíos...,* I, p. 503. En cuanto al apellido Silva, muy conocido entre judaizantes portugueses, vid. del mismo J. Caro Baroja, «Sombras en torno a Velázquez», *Revista de Occidente,* núm. 5 (agosto 1963), pp. 222-228.

En cuanto al arriendo del tabaco que había tenido a su cargo Manuel de Silva en Madrid, y con el cual tendrían que ver los negocios que iba a liquidar su hijo (y serían probable causa de su perdición), puede decirse que no hay en la época actividad comercial más propia de conversos, incluso ya bien entrado el siglo XVIII. «No queda tendero de tabaco en Madrid que no prenda la Inquisición», escribía Barrionuevo en octubre de 1655, y algo antes: «Prendió la Inquisición catorce portugueses tratantes, hombres de negocios, en particular dos tabaquistas, uno de la Puerta del Sol y otro de Palacio. Esta gente retoña como hongos» [7]. Datos sobre varios otros abundan en distintos procesos; de ellos se desprende que algunos tenían, incluso, conexiones con América y sucursales en Londres y Amsterdam.

La colaboración que arrieros y, en este caso, carreteros prestaban a los perseguidos por razones políticas o religiosas se halla también sobradamente documentada por Caro Baroja, quien recuerda la muy frecuente extracción social morisca de los arrieros y el hecho de que a los mismos judaizantes «se les acusó de hacerse arrieros y trajineros para evitar el cumplimiento de los deberes religiosos» [8]. De forma parecida a como en el siglo XIX el arriero solía ser liberal en zonas donde predominaba el carlismo, en los siglos XVI y XVII se les tenía también por gente peligrosa, no sólo por dedicarse al contrabando, sino por ser transmisores de noticias y novedades, o incluso de libros prohibidos [9]. La ruta de Navarra y las fronteras pirenaicas del viejo reino, difíciles de controlar en todas las épocas, eran los itinerarios de fuga preferidos; una vez en Francia, los escapados podían obtener acomodo temporal en la próxima Bayona, con una judería próspera, y preparar desde allí la marcha a otros ghetos europeos. A pesar de los avisos del marqués, y de que se le contestara que «ya está prevenido lo que conviene», la ruta que desde Zaragoza llegaba a Tudela y desde esta ciudad seguía por Caparroso, Olite, Tafalla, Pamplona, Burguete y Roncesvalles hasta San Juan de Pie de Puerto continuó siendo utilizada por los perseguidos muchos años después de su carta. Y ello gracias a los mismos sobornos a que aludía el embajador; el informe de un delator vecino de Bayona enviado en 1670 a un inquisidor es buena prueba de ello:

[7] J. Caro Baroja, *Los Judíos...*, II, p. 73. Otros datos sobre un Luis Méndez Enríquez, administrador del tabaco en Sevilla hacia 1645 (p. 72); sobre cuatro portugueses propietarios de tiendas de tabaco apresados en marzo de 1657 (p. 74); un Diego López Valle, administrador del tabaco en Córdoba, y Francisco Rodríguez López, que lo era en Madrid (p. 82); Francisco Pereira, en Jaén (p. 83). El más importante es Diego Gómez de Salazar, administrador general, ya en la década de los 1660 (pp. 84-91). Otro arrendador, de fines del siglo, acusado de judaizar es Manuel de Cáceres, que sale en un auto de fe en 1691 (p. 95), etc.

[8] J. Caro Baroja, *Etnografía histórica de Navarra,* II (Pamplona, 1972), pp. 317-319, y *Los Judíos...*, II, p. 127, donde se aduce un texto muy claro de Martín González de Cellorigo.

[9] J. Caro Baroja, *Etnografía..., loc. cit.,* y M. Bataillon, *Erasmo y España* (trad. española de A. Alatorre, México, 1966), p. 705, a propósito de un arriero que sirvió de enlace al grupo de protestantes sevillanos, condenado él mismo por hereje; de él se ocupó ya con amplitud Menéndez Pelayo, *Heterodoxos,* V (2.ª ed., Madrid, 1928), p. 105 ss.

> «Dice que cierto testigo que nombra había tenido aviso de el despacho y libertad de esta rea [Catalina de Salazar] y de los demás de su familia, y que los que estaban por allá [en Bayona] habían hecho ya prevenciones para recibirles a todos, porque iban a judaizar como los demás que están por allá, por ser cierto que ninguno de los de esta casta pasan a Francia si no es para vivir en su mala ley y en su libertad; y que esto estaba ya tan asentado en los puertos de Navarra que con dinero de por medio no se hace reparo alguno» [10].

A propósito de la precisión que hace el embajador de ser los carros que se utilizaban para el traslado «aquellos que vulgarmente llaman de la Mancha», puede recordarse que el tipo del carretero manchego es tópico en la literatura clásica española e incluso pasó al folklore personificado en la figura de «Juan Redondo» [11].

El centro de operaciones del arriesgado Mateo de Salso, Tudela, había contado con la judería más floreciente de Navarra a lo largo de la Edad Media, a pesar de varias matanzas. Las familias judías de la ciudad se convirtieron en masa a fines del XV; pero, aunque a juicio de los contemporáneos la conversión era sincera, siguieron sufriendo discriminación en varios aspectos, lo que motivó quejas, no atendidas, de los descendientes: «En 1610 existía en el punto más visible de la catedral de Tudela misma un padrón de familias no limpias que duró hasta fines del XVIII y que se llamaba 'la Manta'» [21]. Tales antecedentes pueden bien no ser ajenos a la ayuda que los que huían a Francia encontraban entre gentes de esta ciudad. A Salso, al menos, el negocio de facilitar huidas le venía por herencia de un tío suyo, según advierte el embajador.

III

Falta hacer referencia al poeta cuya comedia constituía la última de las señas identificadoras con que contaba el embajador para lograr la captura del Benjamín Cordovero, transmutado en don Alvaro de Silva. Es claro que el don Antonio Enríquez «que está en París» es Antonio Enríquez Gómez, escritor bien conocido por los estudiosos de las letras del siglo XVII; aunque mucho menos conocido por sus obras que por los problemas que ha suscitado una biografía que traspasa los límites de lo novelesco.

10 J. Caro Baroja, *Los Judíos...*, II, p. 91 (modernizo la ortografía). Para lo anterior, cf. *Etnografía...*, II, p. 321.

11 En una jácara muy conocida se presenta así al personaje: «Hételo por donde viene / entre zambo y entre zumbo / Juan Redondo por la Mancha / carretero cejijunto» (Quevedo, «Cortes de los bailes», en *Obras completas. Poesía original*, ed. J. M. Blecua [Barcelona, 1968], p. 1285). Otras referencias en los poemas núms. 865 y 867. E. Cotarelo reprodujo, junto a otros textos, el siguiente fragmento de la *Relación* de una fiesta de 1618: «El manchego Juan Redondo, aunque en esta ocasión no traía las mulas y el carro, llevaba la bota en la mano y el hato al hombro, gabardina, montera, el ala atrás, y en media vara de pescuezo un lienzo anudado por valona. Iba en una de sus mulas con tejón y campanillas» (*Colección de entremeses...*, NBAE 17, p. cclii).

12 J. Caro Baroja, *Etnografía...*, I, cap. viii, especialmente pp. 192-3.

Desde la época del erudito Adolfo de Castro existía la hipótesis de que el autor, después de varios años de exilio en Francia, donde imprime sus obras más importantes, regresó a España pese a todos los riesgos para proseguir su carrera de autor teatral bajo el alias de don Fernando de Zárate. La hipótesis fue negada con rara unanimidad por la crítica posterior [13] hasta que los trabajos de Isaac S. Révah y Julio Caro Baroja han venido a dar la razón a Castro en contra de Mesoneros Romanos, La Barrera, Menéndez Pelayo y varios otros [14]. A pesar del tiempo ya transcurrido desde que la identidad de Enríquez Gómez y Zárate quedaba corroborada, su reconocimiento no parece haberse abierto paso todavía en las historias literarias más recientes [15]. Sigue, pues, siendo cierto lo que en 1962 afirmaba Révah: «La biographie de cet auteur, telle qu'elle est généralement presentée [...] s'eloigne considérablement des faits réels.» Incluso en dos obras, también muy recientes, que dedican estudios monográficos detallados a Enríquez Gómez se niega de nuevo que éste y Zárate sean la misma persona [16].

[13] Adolfo de Castro expuso su opinión por primera vez en una breve nota a su edición del *Gil Blas,* de Lesage (Madrid, 1852), p. 70*a;* y más por extenso en la introducción al tomo 42 de la BAE, *Poetas líricos...* (Madrid, 1857), pp. xx-xxiii y lxxxix-xci. Pero hay que matizar lo que se dice en el texto: Castro no afirma que Enríquez volviera a España, sino que hizo circular en ella sus obras con el nombre de Zárate. Para las opiniones contrarias a la identificación, cf. R. Mesonero Romanos, BAE 47, *Dramáticos posteriores a Lope de Vega,* I (Madrid, 1858), pp. xxxii-xxxiv; C. A. de La Barrera, *Catálogo... del Teatro antiguo español* (Madrid, 1860), pp. 134-142 y 506-508; M. Menéndez Pelayo, *Heterodoxos,* 1881 ,ed. cit.), V, pp. 311-312; H. V. Besso, *Dramatic Literature of the Sephardic Jews of Amsterdam in the XVII and XVIII Centuries* (Nueva York, 1947; antes en *Bulletin Hispanique,* entre 1937 y 1939), con una extensa bibliografía. Hay que exceptuar a C. de Lecea, que señaló con buen sentido que no existía tanta diferencia de calidad entre los dramas de Enríquez y los atribuidos a Zárate, *Miscelánea biográfica y literaria, y variedades segovianas* (Segovia, 1915), pp. 113-131, y a otro erudito segoviano, Gabriel M. Vergara, que acepta la hipótesis de Castro aunque sin añadir nada nuevo, *Ensayo de una colección bibliográfica-biográfica de noticias referentes a la provincia de Segovia* (Guadalajara, 1903), pp. 481-488. Otra excepción notable es, como me lo hizo notar D. Julián Marías, la del *Diccionario enciclopédico Hispano-Americano* (Barcelona, 1890), VII, pp. 400-401.

[14] I. S. Révah aporta datos para la nueva biografía ya en su artículo «Les marranes», *Revue des études juives,* CXXVIII (1959-1960); cf., sobre todo, «Un pamphlet contre l'Inquisition d'Antonio Enríquez Gómez: La seconde partie de la *Política Angélica* (Rouen, 1647)», *ibid.,* CXXXI (1962), pp. 81-168. El mismo estudioso dedicó a la biografía y obra de Enríquez varios cursos en la *École Pratique des Hautes Études* (v. resúmenes en el *Annuaire,* desde 1964-1965 a 1960-1970). Su investigación se vio interrumpida por la dedicación a otros temas y, sobre todo, por la tarea que se había impuesto de refutar las tesis de A. J. Saraiva expuestas en el libro *Inquisição e Cristãos-Novos.* En varios tomos del *Annuaire* se da noticia de conferencias sobre Enríquez Gómez pronunciadas por Révah, en Amsterdam, París, Nimega, etc. J. Caro Baroja aceptó y dio a conocer muy pronto los resultados de la indagación de Révah en *La sociedad criptojudía...* (1963), pp. 118-120.

[15] Así en el tomo II de la *Historia de la Literatura Española,* de J. L. Alborg (la 2.ª edición es de 1970), donde no se alude al problema, y se da por sentado que Enríquez era natural de Segovia y que en su exilio vivió en Amsterdam. Después de recoger la conocida anécdota de «Allá me las den todas» que dicen dijo en Holanda al saber de su quema en efigie en el auto de fe de Sevilla, se afirma que «no es seguro que profesase el judaísmo».

[16] Homero Serís, *Nuevo ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* (New York, 1969), I-2, pp. 337-343. José Guillermo García Valdecasas, *Las «Academias*

No será, pues, inoportuno recordar los hallazgos de Révah antes de aportar algunos datos nuevos orientados en la misma dirección.

IV

De acuerdo con la biografía real, nace Enríquez Gómez en Cuenca, en 1600; es, pues, contemporáneo riguroso de Calderón y Gracián. Aunque hijo de cristiana vieja, la herencia que más habrá de pesar sobre él es otra. Diego Enríquez Villanueva, padre del escritor, pertenecía a uno de los escasos grupos de criptojudíos castellanos que sobrevivieron a la expulsión o a las conversiones en masa; grupos que no hay que confundir con los judaizantes portugueses que penetran en España a lo largo, sobre todo, de la primera mitad del XVII. Révah ha podido rastrear a través de siete generaciones las creencias comunes a los antepasados del poeta y registra, entre los más próximos, la quema del abuelo paterno por hereje impenitente hacia 1598 y la confiscación de todos los bienes de sus padres en 1624.

Enríquez Gómez, casado ya e instalado en Madrid, trafica en el comercio de lanas y hace viajes ocasionales a Francia. Al mismo tiempo se daba a conocer como autor dramático de éxito. En 1635, por temor a denuncias sobre su orto-

---

Morales» de Antonio Enríquez Gómez. Críticas sociales y jurídicas en los versos herméticos de un «judío» español en el exilio (Sevilla, 1971). En la primera de estas obras se hace un resumen pormenorizado de la cuestión para concluir por considerar válidas las razones de La Barrera, opuestas a la identificación. El autor del segundo libro conoce ya parcialmente los estudios de Révah, pero juzga que «aunque los índices expurgatorios del siglo XVII afirmen que ambos escritores son una misma persona la identificación es insostenible» (p. 12). Para ello se funda de nuevo en los datos aducidos por La Barrera y en otras consideraciones. En este libro, bastante descarrilado en lo que no son generalidades (y aun en ellas; véase un curioso alegato en estilo conmemorativo sobre la sempiterna ausencia en España de toda clase de racismo, pp. 62-64), se sostiene la existencia de un sentido oculto en varios poemas de las *Academias,* idea correcta en general (cf. ya Révah, *Annuaire,* 1965-1966, p. 308). Pero la argumentación que aquí se ofrece carece muchas veces de solidez. Así, si en una elegía se dice: «Muchísimas tormentas he pasado / [y por esta razón del mar no fío. / Entré bisoño y no salí soldado; /] no más guerra, si puedo, hasta la muerte; / de la que tuve al alma le ha pesado», no se ve la razón por la que en ese contexto tenga Enríquez que estar aludiendo a «la cámara del tormento, las cárceles secretas» (p. 73), y las pruebas que se presentan con citas de poemas muy alejados distan mucho de abonarlo. Lo mismo sucede, por ejemplo, con la deducción que a partir de unos versos humorísticos sobre un personaje («Es Angélica en secreto / y de Medoro Gazul / conde Palanquín me ha hecho», repetida luego) se extrae de que nos hallamos en presencia de unos cristianos nuevos que se reúnen a cantar en los montes de Cuenca, y, por más señas, de unos moriscos, «pues moro es el amante de Angélica, Medoro Gazul, en el *Ariosto* (sic)». Más atinados, en general, parecen los comentarios a los poemas finales del libro. [C. H. Rose aprovecha, con poco fruto, la reconstrucción de la biografía real en los últimos trabajos que conozco sobre el tema: «Enríquez Gómez and the Literature of Exile», *Romanische Forschungen,* LXXXV (1973), pp. 63-77; refundido como parte de los estudios introductorios a la edición de A. Enríquez Gómez. *Fernán Méndez Pinto; comedia famosa en dos partes,* ed. por L. G. Cohen, F. M. Rogers, C. H. Rose (Cambridge, Mass., 1974), pp. 47-63.]

doxia, al parecer, escapa a Burdeos y se integra sin dificultades en la comunidad judía de que ya formaban parte varios de sus familiares también emigrados. Aquí primero y después en Rouen realiza una copiosa labor literaria que comprende obras de dos clases muy diversas. Una la componen «obras sinceras que por su judaísmo agresivo estaban condenadas a circular clandestinamente en manuscritos y que, en general, se han perdido» [17]. A través de las denuncias se tiene noticia, sin embargo, de una sátira contra los malsines, de diversas «comedias a lo judaico», del poema épico *A Israel sobre Túbal,* donde se anunciaba la venida del Mesías y su dominio sobre España, y de una *Respuesta en cartas de disputa* en contra del Santo Oficio. Sí se ha conservado un extenso romance sobre el suplicio de don Lope de Vera, quemado en 1644.

Simultáneamente, Enríquez Gómez escribía, y hacía imprimir, «obras aparentemente católicas en donde las verdaderas creencias del autor se manifiestan solamente por la elección de temas y a través de silencios doctrinales, no por proposiciones abiertamente heterodoxas» [18]. Se trata, en un caso, de poemas extensos de tema bíblico *(Sansón Nazareno)* o 'metafísico' *(La culpa del primero peregrino)*. A ambos libros preceden las *Academias morales de las musas,* colección de poemas líricos de diverso género completada con cuatro obras teatrales de la época española del autor. Dentro de las obras 'aparentemente católicas' hay que contar la más conocida y editada: *El siglo pitagórico,* sátira en prosa y verso contra tipos sociales muy definidos, que incluye la animada novela semipicaresca *Vida de don Gregorio Guadaña,* único escrito de Enríquez Gómez que todavía se reimprime. Con *El siglo pitagórico* hace pareja su último libro publicado en Francia, *La torre de Babilonia,* libro de prosas críticas por estamentos, al estilo de Quevedo.

El escritor se había puesto, entretanto, al servicio de la Restauración portuguesa y compone, ya en 1641, un *Triumpho lusitano* para festejar la llegada a París de los embajadores del duque de Braganza. Es otro judaizante quien había captado a Enríquez para esta causa, el capitán Fernandes de Vila-Real, con el que compartía su admiración por Richelieu. Parece ser que su amistad con este personaje, tratadista y agente político de importancia [19], además de muy notable escritor en castellano, contribuyó a que Enríquez Gómez radicalizase sus posiciones ante la situación religiosa y racial de la Península. Lo que eran tristes experiencias personales se objetiva ahora en ataques generales, escasamente velados, pero siempre hábiles, contra las inquisiciones portuguesa y española contenidos en el *Luis dado de Dios* y, sobre todo, en la *Política angélica.* La

[17] Cf. I. S. Révah, *Annuaire...* (1965-1966), p. 307.

[18] *Ibidem.*

[19] Cf. I. S. Révah, «Manuel Fernandes Vilareal, adversaire et victime de l'Inquisition portugaise», *Ibérida. Revista de Filología,* I (1959), pp. 33-54, y III, 181-207. Vila-Real regresó a Lisboa pensando recibir algún premio por sus servicios. Lo que le esperaba fue muy distinto; encarcelado varios años, se le condenó a muerte y ejecutó en 1652. La razón más poderosa para tanto rigor es que el preso había sido «tão manhozo que atinou com os buracos das vigias dos carceres... e por tanto cauzaria notável prejuizo ao ministério do Santo Officio, publicando e descobrindo o segredo das vigias, que he de tanta importancia».

segunda parte de esta obra, que ahora tenemos la fortuna de poder leer íntegra (cf. nota 14), constituye un alegato sobrecogedor frente a los métodos y motivaciones, al nivel práctico, del Santo Oficio, según podía explicitarlas alguien que las había padecido. Pero Enríquez no deja de escribir «desde dentro»; los argumentos que emplea no desdicen de los que usaría un teólogo católico, y de hecho cuentan con precedentes (Azpilicueta, Cellorigo...). Aunque su virulencia sea única, la cólera contenida apela sólo al mundo de creencias del adversario; no era necesario, muestra, salirse de él para desvelar las iniquidades y horrores de la práctica inquisitorial contra los descendientes de conversos. Apela también, como otros contemporáneos «ilustrados», a consideraciones pragmáticas de utilidad para la Monarquía. Seguimos, pues, dentro de las obras 'aparentemente católicas'.

La *Política* se publicaba en 1647. Enríquez Gómez es, por entonces, caballero de la Orden de su Majestad Luis XIII; del hábito de San Miguel; consejero y mayordomo; vive con sus familiares y afines; puede practicar con mayor o menor libertad sus creencias religiosas y escribir lo que gusta, también dentro de ciertos límites; y podemos suponerle cierto desahogo económico. Y, sin embargo, tres años después le vemos abandonar todo ese status y presentarse en España en figura de Zárate para vivir en riesgo permanente por más de diez años. El riesgo se fundaba no sólo en su pasado anterior al exilio, sino en denuncias sobre sus actividades en Francia y en testimonios acusatorios obtenidos en procesos contra otros reos. Él mismo había enviado a uno de los tribunales de la Inquisición española ejemplares de lo que Révah llama justamente su panfleto antiinquisitorial, es decir, la segunda parte de la *Política*. En tales circunstancias de inseguridad, Enríquez logra pasar desapercibido toda la década de los 1650 como don Fernando de Zárate y Castronovo, y bajo este nombre da a conocer una treintena de comedias que se representan.

Es difícil de imaginar cómo pudo arreglárselas para mantener el incógnito entre directores de compañía, cómicos y otras gentes del oficio con quienes habría tratado quince años antes. Pero así fue, y en Sevilla —no en Holanda— se encontraba cuando tuvo el extraño privilegio de poder verse quemar en efigie por «portugués... judaiçante fugitivo» en el auto de fe de abril de 1660 [20].

[20] *Ap.* J. G. García Valdecasas, *op. cit.*, p. 31, de un legajo del Archivo Histórico Nacional. El autor describe por extenso los preliminares de este auto de fe y piensa que la inclusión en él de la estatua de Enríquez confirma su presencia en Holanda y la imposibilidad de su identificación con Zárate. Sin embargo, el dato no era desconocido para Révah (1962, p. 112) y su interpretación es otra; Révah publica, además, una parte de la confesión de Esteban Enríquez, hermano de Antonio, ante el tribunal de Sevilla en febrero de 1662. Este texto (cf. aquí p. 21) basta para eliminar de una vez por todas cualquier duda acerca de la presencia de nuestro autor en Sevilla. Otra prueba de que Enríquez residió en Holanda o de que incluso «su andadura le llevó más al Norte» ve García Valdecasas en estos versos: «No es mucho que en tinieblas sepultado / esté quien vive en la Noruega fría» También al Escarramán lo tenían preso «en un callejón Noruega» y nadie ha pensado en una interpretación literal. (Cf. Américo Castro, «Noruega, símbolo de la oscuridad», en la *Revista de Filología Española*, VI [1919], pp. 184-186, y otras notas de L. Spitzer y E. Buceta en tomos posteriores, y los demás trabajos reseñados por J. B. Avalle Arce en su

Por esta misma época, nuestro autor manifestaba a un hermano, con quien vivía, sus temores de ser atrapado y se disponía a huir a Nápoles; para ello esperaba a remediar antes su pobreza con la llegada de los galeones de Indias. Le faltó tiempo. Enríquez-Zárate fue, al fin, arrestado por los inquisidores sevillanos en compañía de su hermano de padre, Esteban Enríquez, en septiembre de 1661. Tras dos años y medio de cárcel, y después de confesar sus culpas y manifestarse arrepentido de ellas, muere en su celda, reconciliado y con extremaunción, poco antes de que se dictara la sentencia. Afortunadamente para él, hay que decir, porque si en su proceso el tribunal había aceptado benignamente su confesión y arrepentimiento de culpas, es muy posible que no hubiera sido tan suave unos meses después, cuando las declaraciones de unos parientes procesados en Lima le comprometían a posteriori gravemente. Muerto el escritor, sólo cabía desenterrar sus restos y enviarlos al quemadero. Él mismo había escrito con verbo: «Yo os aseguro que ese Tribunal es peor que la muerte, pues vemos que ella tiene jurisdicción sobre los vivos, pero no sobre los muertos... ¿No sería mejor sepultar ese delito que no hacer gala de él llevando por el lugar un cementerio de huesos a quemar, como si los huesos fueran capaces de sentimiento alguno? ¡Oh, dolor grande! ¡Oh, calamidad terrible! ¡Que pueda tanto la pasión y el odio que por deshonrar los linajes que no pecaron no pudiendo vengarse de los vivos se venguen de los muertos!» [21]. Pero a pesar de que una orden de la Suprema mandaba unir los nuevos cargos al proceso de «Antonio Henríquez Gómez, alias don Fernando de Zárate, reconciliado en estatua en la Inquisición de Sevilla», el tribunal de esta ciudad no volvió a abrir la causa.

Hasta aquí, y a la espera de que alguna vez se publique su estudio definitivo [22], los datos biográficos más importantes reunidos por Révah. Después de lo averiguado por él deberían caber pocas dudas sobre la identidad de Enríquez y Zárate. Al conocedor de otros trabajos del estudioso francés, a quien podrá culparse de cualquier cosa antes que de falta de rigor documental, no le supondrá un obstáculo insalvable para darle crédito el que en las publicaciones que editaba a título de avances de su libro se omitan las signaturas o números del legajo correspondiente. Si se prefiere hacer caso a La Barrera —sus 'sólidos' argumentos se examinan más abajo—, no habrá más salida que justificar la elección aludiendo a lo que Bataillon ha llamado alguna vez el «escepticismo de los crédulos». Fenómeno nada raro, ciertamente, en la erudición hispánica.

---

edición del *Persiles* [Madrid, 1969], p. 92.) Con cierta inconsecuencia se admite a efectos retóricos en las páginas finales la posibilidad de que Enríquez muriese en Sevilla.

21 *Política Angélica*. Segunda parte, ed. cit., p. 148.

22 Révah anunciaba ya en su artículo de 1962 la próxima edición del estudio que preparaba. En él se habrían de publicar los documentos inéditos en que basa su reconstrucción de la biografía de Enríquez. Es inútil ponderar el interés de ese estudio, que debía hallarse muy perfilado; acrecido por el de los nuevos datos hallados posteriormente, de que se da noticia en los citados *Annuaires* de l'École Pratique des Hautes Études. Es muy de desear que alguno de sus herederos o antiguos colaboradores lleve a término su publicación.

V

Es muy de señalar que en los datos ya aducidos por Adolfo de Castro había indicios suficientes para dejar en claro que Zárate y Enríquez son una misma persona, aunque demostrarlo ahora tenga el mismo mérito que la gran lanzada en moro muerto del refrán. Advertía Castro que en los índices expurgatorios antiguos se prohíbe una comedia de Zárate quien, se acota, «es Antonio Enríquez Gómez», y añadía después en confirmación algún paralelo de estilo y asunto entre las obras publicadas bajo uno y otro nombre.

Lo más lógico parece hubiera sido continuar esa vía y ampliar los cotejos; sus impugnadores prefirieron seguir otros caminos. Así, para Mesoneros Romanos las comedias de Zárate son muy buenas y las de Enríquez muy malas; si a ello se añade que Enríquez incide en los temas bíblicos y Zárate en la comedia de santos, «composiciones todas en que se revela la íntima creencia cristiana del autor», era claro que no podían ser el mismo hombre. Para La Barrera lo que contaba, sobre todo, era haber hallado dos autógrafos de Zárate fechados en abril y julio de 1660; además, si en 1656, año en que sale el *Sansón Nazareno*, Enríquez estaba e imprimía en París una lista de sus veintidós comedias escritas hasta la fecha, era incuestionable que no habría tenido vida suficiente para componer otras treinta. Tal argumento comprueba, si hiciera falta, que los bibliógrafos no siempre pasan de las portadas de los libros que catalogan; cosa bien natural, por otra parte, pero no tanto si han de polemizar sobre ellos. En los preliminares del *Sansón* hay una advertencia del impresor Laurenço Maurry donde se dice que tenía el libro impreso desde 1649, a falta del último canto, y da luego a entender discretamente que este canto le llegó al fin desde fuera, con lo que pudo rematar, siete años después, la impresión del libro. Por otro lado, las comedias que se enumeran en el prólogo de Enríquez fueron compuestas todas, según lo declara el autor, antes de su exilio, es decir, antes de los treinta y cinco años. Escribir treinta comedias más en diez años, del 50 al 60, estaba al alcance tal vez no de todos, pero sí de la mayoría de los ingenios dramáticos del momento.

Los autógrafos de «Zárate» (abril y julio de 1660), anteriores al arresto de Enríquez (septiembre de 1661, como se sabe hoy), al igual que la famosa quema en efigie en el auto de fe, no prueban otra cosa que su éxito en mantener oculta todavía su verdadera personalidad. Incluso no sabiendo que había sido capturado en Sevilla, era fácil imaginar que si un autor pretende hacerse pasar por Zárate firmaría como tal Zárate y no con su verdadero nombre.

La preferencia por los temas bíblicos en una época y la comedia de santos (o de exaltación mariana, como en *La escala de la gracia* y *La defensora de la reina de Hungría*) en otra, puede atribuirse a la misma voluntad de disfraz, bien patente ya en las obras impresas en Francia, a crisis de creencias en el autor, a modas, estímulos lucrativos o lo que se quiera, pero tampoco es dato significativo en contra de la identidad de mano. Señalemos de pasada que varias de las comedias de santos de la época Zárate (*La conversión de la Magdalena, La culpa*

más provechosa, La escala de la gracia, San Lucas, El vaso y la piedra...) mantienen el escenario bíblico a pesar del cambio de Testamento.

Otro de los datos concluyentes de La Barrera era la existencia de la comedia *El primer conde de Flandes,* impresa en 1668 a nombre de Zárate. Según el bibliógrafo, el contexto de la obra revela haber sido escrita en el reinado de Carlos II, lo que desde luego descartaría la autoría de Enríquez Gómez. Pero no existe tal contexto (la comedia trata de los nietos de Carlomagno); lo único que hay es una alusión en los versos de despedida: «y El Primer Conde de Flandes / aquí tiene fin, senado, / de quien oy Carlos Segundo / tiene su origen preclaro». La adulación genealógica acostumbrada. Ahora bien, una comedia del mismo título se conserva manuscrita y atribuida a Mira de Amescua. Dice el bibliógrafo que es distinta de la de Zárate. Tampoco esta vez se había molestado en compararlas; si se hace se verá que son una sola, sin los cambios mínimos para que la impresa merezca el nombre de refundición. Eso sí, donde los últimos versos leían «de quien oy Carlos Segundo, etc.», dicen en el manuscrito: «de quien Philipo tercero / tiene su origen preclaro», y después: «Fin de la famosa comedia del primer conde de flandes por el Dotor mira de Mesqua en 24 de nobiembre de 1616.» Es decir, la obra no se escribió en época de Carlos II ni es de Zárate. Un impresor avispado, conjeturemos, se la atribuyó en un momento en que su nombre sonaba más que el de Mira y actualizó la referencia al monarca de circunstancias [23].

Por último, La Barrera creía desmentir la observación de Castro sobre la falta de toda alusión a Zárate en academias o certámenes literarios que supusieran un contacto con otros escritores de la época, al hallar en un manuscrito una composición rotulada de «assumpto de academia» y firmada por don Fernando de Zárate y la Hoz. El segundo y anómalo apellido sería debido a «distracción del colector», que habría confundido el nombre con el de otro ingenio, don Alonso de Zárate y la Hoz, pero la composición pertenecería a nuestro Fernando de Zárate y Castronovo y probaría, además de su existencia como persona real distinta de Enríquez, su introducción en los medios cultos cortesanos. Trátase, sin embargo, de un nuevo error documental. El poema alegado por La Barrera es copia tardía (1712) de un impreso (*Academia que se celebró en veinte y tres de abril en casa de don Melchor de Fonseca,* Madrid, 1662, f. 20 v.°), donde el texto —una muy insulsa «pintura de una dama en seguidillas»— se halla idéntico y firmado por D. *Alonso* de Zárate y la Hoz. Es decir, la confusión de nombres en el manuscrito existe, pero en sentido inverso al supuesto por el bibliógrafo. En el siglo XVIII continuaban representándose e imprimiéndose varias comedias de «don Fernando de Zárate» y su nombre había de sonar mucho más que el de don Alonso, simple y olvidado autor de poesías de ocasión [24].

[23] La impresa a nombre de Zárate en la Parte XXIX de *Comedias Nuevas Escogidas,* pp. 273-323. El manuscrito que la atribuye a Mira se halla en la B. Nacional de Madrid (ms. 16688) y se describe en el *Catálogo* de Paz y Melia, I, núm. 2963.

[24] Alonso de Zárate y la Hoz figura como «fiscal» o simple participante en otras de las academias celebradas por Fonseca: *Academia que se celebró en seis de Enero en casa de*

Hasta aquí los «comprobantes decisivos» e «irrecusables testimonios» en contra de la identificación, y que, con perspectiva histórica, cabría atribuir a la hostilidad personal entre dos eruditos motivada por razones en todo ajenas al tema (la polémica en torno a la falsificación del *Buscapié,* por ejemplo) antes que a otra causa.

VI

Un examen somero de las obras impresas bajo uno y otro apellido podía haber zanjado la cuestión con poco esfuerzo. Castro ya observó que se conoce como obra de Zárate una comedia titulada *Los dos filósofos de Grecia,* llamada más explícitamente en una edición *suelta* tardía. *Los filósofos de Grecia, Eraclito y Democrito,* y que entre los poemas contenidos en las *Academias* de Enríquez se hallan dos elegías extensas: «A la risa de Democrito» y «Al llanto de Heraclito». Puede añadirse que al mismo motivo se dedica enteramente el último capítulo, o «bulco», de *La torre de Babilonia,* y que las alusiones son continuas en otras obras. Claro es que esto por sí solo no sería una prueba concluyente, ya que el tema es un lugar común que reaparece en otros autores. Pero nadie se ha servido de él con mayor insistencia que Enríquez ni lo ha dotado de tantos sentidos. Por otra parte, las semejanzas van más allá, según veremos.

La comedia, extraña si las hay, tiene de entrada la anomalía de conceder los papeles principales a dos barbas y presentar en forma muy esquemática la intriga amorosa, que según las convenciones debía ser la principal; pero lo que al autor le interesa es la discusión entre los dos sabios. Al descubrirse la escena vemos a cada filósofo en su cueva; tras representar sus respectivos monólogos, «llorando» Heráclito y «riéndose» Demócrito, como dicen las acotaciones de la *suelta,* los ancianos se reúnen para entablar un largo debate, más de cuatro páginas, en defensa del llanto o la risa que a cada uno le inspira la contemplación del estado en que se halla el mundo, en términos análogos a los que usan Danteo y Albano en las elegías de las *Academias.* Aparece ahora la reina Elena en demanda de consejo: dos ambiciosos la pretenden, pero ella se reserva para un príncipe desconocido de todos. Los filósofos, o más bien Demócrito (su amigo se inhibe), le indican cómo salir del apuro, y en premio al servicio se les nombra nada menos que «consejeros de Estado». Heráclito, siempre reticente, no ve en el honor recibido más que nuevos motivos para llorar; pero tras otra discusión, se resigna y acompaña a su amigo a la corte. Con la segunda jornada se abren otras tres páginas de discusión sobre si es preferible reír o llorar, motivo al que

---

Don Melchor de Fonseca de Almeida, siendo presidente D. Iuan Alfonso Guillen... y Fiscal Don Alonso de Zarate y la Hoz (Madrid, 1661); *Academia que se celebró en casa de D. Melchor de Fonseca en trece de Febrero...* (Madrid, 1661). En ambas veladas contribuyó don Alonso, además de con algún vejamen, con poemas del todo análogos al que menciona La Barrera: «Pintura de una fea, pintandola hermosa y dexandola fea» (f. 13), en la primera, y «Pintura de una Dama hermosa, pintandola fea y dexandola hermosa» (f. 20), en la segunda.

se mezcla, como en las elegías, el de la cuna y la sepultura. Surge una complicación en los planes de los filósofos y la reina por culpa de los celos que provoca en ésta la «infanta» Niquea. Pero lo peor es que al único de los ambiciosos pretendientes que sigue con vida se le ha traslucido que lo quieren descartar de la mano de Elena y del trono. Ahora viene con sus soldados a vengarse y los filósofos han de escapar como mejor pueden, mientras siguen discutiendo sobre el tema, la tema, que los define.

En la jornada última hallamos a los sabios huidos por los montes y reducidos a pedir limosna, «pobre y desnuda vas, Filosofía». El gracioso Embudo, que los acompaña, ejerce de médico y sus fracasos tampoco facilitan las cosas. Nuevas reflexiones sobre la risa y el llanto. En su peregrinar llegan a la ciudad de Gnido; el ambicioso Lisipo se dispone a desposarse a la fuerza con Elena y recibir el laurel. Pero Demócrito lo tiene todo previsto y en el momento final de la coronación, en el templo de Apolo, es Federico el encubierto quien obtiene el solio junto con la mano de la reina, «dando con aquesto fin / al llanto conceptuoso / de Eraclito, y a la risa / de Democrito famoso, / extremos que fueron siempre / aplaudidos de los doctos».

Ninguno de los sabios ha convencido al otro, ni se trataba de eso, aunque las simpatías del autor estén aquí a favor de Demócrito. La comedia, compuesta para exhibición y prueba de un pie forzado, no pudo salir de otra pluma que la del autor de las elegías y el último 'vuelco' de *La Torre de Babilonia.*

Sin más que esbozar las comparaciones, señalamos otros paralelos, difíciles de atribuir a pura casualidad.

En la misma comedia de *Los dos filósofos,* el gracioso Embudo describe cómo aplica con un orinal una ventosa a una pobre mujer y los efectos que le provoca [25] en forma idéntica a una repugnante escena de la *Vida de don Gregorio Guadaña* [26].

También en esta novela (cap. x) se cuenta por extenso un sucedido que tiene apariencia de ser recuerdo de un hecho real, sobre todo en la Andalucía de Monipodio, aunque aquí se sitúe en Madrid. Un conocido del protagonista quiere matar a un rufián, pero al fin se conforma con que Gregorio le dé un buen número de palos. Aun así, Guadaña se concierta con la víctima para que los palos sean fingidos y librarlo de este modo también de la paliza. Cuando va a ejecutar la farsa se encuentra con que el rufián ha prevenido en su casa a la justicia. Se llevan preso a Guadaña. Acto seguido, éste se desembaraza de los alguaciles y vuelve a casa de su hombre para darle, doblados y verdaderos esta vez, los palos que no quiso recibir antes de mentira. La misma historia se cuenta punto por punto en *El valiente Campuzano,* comedia de las más conocidas de Zárate [27], dentro de la larga relación que hace el héroe de sus fechorías. La historia no parece de las que se inventan independientemente [28].

[25] Ed. suelta (Salamanca, s. a.), jornada 3.ª, p. 28*b*.
[26] Cap. vi, final (p. 272*b* en la ed. de la BAE).
[27] Ed. BAE, 47, p. 577*b*.
[28] Se reproducen estos textos en apéndice a este trabajo.

Las comedias *Amor con vista y cordura* y *Mudarse por mejorarse,* publicadas como de Enríquez y de Zárate, respectivamente [29], ofrecen varias semejanzas, empezando por la identidad en los nombres de tres personajes: Lirón se llama el gracioso en las dos y hay, además, un Livio, criado o caballero, y una Nise, criada o princesa. La escena que genera el conflicto en ambas obras consiste en haber sido sorprendida la dama en el agua, con el consecuente enamoramiento de un príncipe o noble señor. En los dos casos el suceso se pinta en una larga relación de estilo hiperculto, y el galán habrá de abandonar la contemplación para pasar a salvar a la dama de un peligro. Todo ello, desde luego, muy tópico, pero las coincidencias siguen. Vemos, en efecto, a un rey, o emperador, triste por las calaveradas de su hijo, a quien adoctrina con elevados consejos acerca de la dignidad moral que implica el mando en quien está llamado a ejercerlo; dignidad que se coloca, claro es, por encima de la altura de nacimiento. En una y otra obra se despachan memoriales de pretendientes con extraordinario tino y rectitud, y a propósito de una de las pretensiones se teoriza sobre el comercio y su utilidad para la nación en términos análogos a los que se hallan en los escritos doctrinales de Enríquez.

También forman par *El valiente Diego de Camas* (de Enríquez) y *El valiente Campuzano* (de 'Zárate') por su tema y personajes; y, además, por la insistencia en el ataque a los venteros andaluces como delincuentes y soplones de la justicia al mismo tiempo; caracterización que también se encuentra en el *Gregorio Guadaña.*

De entre los paralelos de menor cuantía, siempre de valor relativo, pueden señalarse algunos. Así, el cantarcillo tradicional «Arded, corazón, arded, / que yo no os puedo valer», fue utilizado por otros autores dramáticos (Calderón, Lope, Montalbán), mas nunca con la frecuencia que Enríquez-Zárate, quien lo insertó en cuatro de sus obras [30]. Las referencias al tipo del malsín, obsesión omnipresente en nuestro autor, aparecen en comedias de las publicadas a nombre de Zárate, y además en contextos especialmente significativos. Por ejemplo, en la ya citada de *El valiente Campuzano,* donde se resume así la larga relación que el héroe hace de sus hazañas: «Recopilemos la historia, / digo que a veinte

[29] La primera se editó en las *Academias;* la segunda, que nada tiene que ver con otra de Ruiz de Alarcón, del mismo título, contra lo que alguna vez se haya dicho, puede leerse en la reedición de la BAE, 47.

[30] A. Enríquez Gómez, *A lo que obliga el honor* (ed. BAE, 47, p. 511*a*). F. de Zárate, *El maestro de Alejandro* (ed. Ortega, p. 301); *Las tres coronaciones de Carlos V* (Parte XL de la serie de «Escogidas», f. 132*v.ª a*); *A cada paso un peligro* (ed. suelta, Valencia, 1776, p. 16). Esta última obra ha sido atribuida hasta ahora a los hermanos Figueroa. Consta, sin embargo, por indicación coetánea a su estreno, mayo de 1661, que es de «Zárate» (cf. C. Pérez Pastor, *Documentos para la biografía de D. Pedro Calderón de la Barca,* Madrid, 1905, p. 276); dato que escapó a la habitual diligencia de E. Cotarelo, autor del único trabajo donde se estudia la comedia, como parte del repertorio de los Figueroa, *Boletín de la Real Academia Española,* VI (1919), pp. 169-171. Rasgos distintivos de estilo y léxico confirman plenamente, a mi juicio, la autoría de Zárate, es decir, Enríquez.

malsines / castigué de aquesta forma: / a tres he dado la muerte, / a cuatro palos de ronda, /a cinco saqué las lenguas /y a seis les crucé las gorgas.» [31]. La cuenta no sale, pero queda claro quiénes inspiran las mayores iras del personaje. Otra referencia muy significativa hay en *La batalla del honor,* donde a propósito de una situación de peligro se dice «Me ha de hallar con el malsín» [32]. Una burla en relación con el trato recibido por las hijas del Cid se incluye en unos versos muy parecidos en el *Gregorio Guadaña* [33] y en *La presumida y la hermosa,* de Zárate [34], comedia que, por cierto, contiene una alusión burlesca a la batalla de Rocroy bien sorprendente. Rasgos de estilo y motivos temáticos coincidentes pueden advertirse en buen número, como la frecuencia de un *sí* expletivo en medio del verso y sin otro valor ni función aparente que el facilitar la medida silábica («Venid acá, que sois, entiendo, / criado, sí, de Lisardo»), que se da en los poemas y comedias de Enríquez y de Zárate en una proporción que no llama la atención en otros autores. En fin, el gusto por las columnas, o almenas, «dóricas», la metáfora de la nave desalojada de todo lo valioso en la tempestad, el hombre como microcosmos, etc. Rasgos poco probatorios por sí estos últimos, pero significativos si se cuantifican y se toman en conjunto.

Lo aducido aquí procede de unas cuantas lecturas rápidas y realizadas con poco método; de emplearse sistemas estadísticos y comparaciones más detalladas como las que se usan en otros ámbitos, donde hay más tiempo y afición para este tipo de indagaciones, es muy probable que se hallaran otras recurrencias más claras y definitivas. Todo ello suponiendo que tenga algún interés insistir en demostrar lo ya demostrado por otras vías.

Con escepticismo hipercrítico podrían atribuirse las coincidencias señaladas, y las que puedan agregarse, a pura casualidad o a una imitación directa de un autor por otro. Aquí se toman como un dato a tener en cuenta, junto con otros que se verán después, para avalar una evidencia documental ya existente. No es fácil, en fin, que Enríquez Gómez fuera adoptado como modelo a imitar por alguien que escribía en los tiempos de Calderón, Moreto y varios otros de fama muy superior al exiliado quince años antes. A no ser que ese alguien fuese el propio exiliado.

[31] Ed. cit., p. 577*a*.

[32] Ed. *Comedias Nuevas Escogidas,* Parte XV (Madrid, 1661), f. 80*a,* vuelto. Se dice que la referencia es significativa porque la comedia no es en realidad de Zárate, sino de Lope, y como tal se había impreso mucho antes en su Parte VI (Madrid, Alonso Martín de Balboa, 1615, entre otras). Zárate, aparte de apropiársela en los versos de despedida («y aquí la Comedia acabe / donde prueua en argumento / oy don Fernando de Zarate / la Batalla del Honor, / perdonad yerros tan grandes»), se limitó a hacer algunas supresiones e introducir algunos cambios. Uno de ellos afecta precisamente a este verso, pues lo que Lope había escrito es «me ha de hallar en mal latín» (ed. cit., f. 13*b)* y no «me ha de hallar con el malsín». De no ser Enríquez, alias Zárate, el autor de la refundición, sería fácil, o muy difícil, atribuir la alteración a mera errata.

[33] Ed. cit., BAE 33, p 276*b*.

[34] Ed. cit., BAE 47, p. 520*a*.

VII

Merece la pena fijarse ahora en otro tipo de datos recurrentes, y ya no formales. En la comedia de Campuzano se hace una apología agresiva de la honra en cuanto se funda en la limpieza de sangre. Lo curioso es que no se aluda para nada a una de las más frecuentes causas, si no la más, que podían en la época deslustrar tal limpieza; es decir, la herencia judía. La sangre 'manchada' tiene otros orígenes y de ellos sí se ocupa el autor. Así, nos dice Campuzano: «Pobre nací, pero limpio / de la mancha tenebrosa / que introdujeron a España / alarbes banderas moras». El antagonista del héroe, Don Pedro, es un descendiente de moriscos granadinos y a costa de su ascendencia se harán en la comedia varias mofas. Su origen le hace además inaceptable para marido de la hermana de Campuzano, incluso aunque ella lo ame, y el indigno acabará por recibir la muerte a manos de su pretendido cuñado. Antes de esto hemos oído con extrañeza que el morisco Don Pedro es rico y que «hace asientos con el rey»; con extrañeza porque esta actividad no correspondía a los moriscos y sí, como sabrían los espectadores de Zárate, a los conversos «portugueses», que por varios años dominaron en solitario o con los genoveses las finanzas de Felipe IV, y cuyos procesos por incurrir en judaísmo ocupan buen espacio de los archivos del Santo Oficio.

En otras obras de «Zárate» —nombre bien 'vizcaíno'— aparecen varias burlas contra árabes, gitanos y negros; nunca contra judíos, a pesar de que en la obra de sus contemporáneos se repiten hasta la saciedad las referencias a la Ley cansada, vieja o de Moysén, la espera indefinida en el Mesías, la avaricia, la cobardía, el tocino y demás componentes del arsenal antihebraico. La misma ausencia se advierte, como es fácil suponer, en las obras firmadas por Enríquez Gómez. En una comedia sacada del libro 1.° de los Reyes, *La prudente Abigail,* se enumeran con prolijidad los ingredientes de un banquete y como colofón se lee esto: «Y solo lo que te falta / es el tocino porque / en Judea no se gasta». Es posible que el espectador de 1660 se sonriese, pero hay que observar que Enríquez ha quitado a su alusión todo carácter de prescripción religiosa identificativa de raza o burlesca; se limita a señalar un hecho con toda seriedad. También Arias Montano, como recuerda Américo Castro, podía pensar con entera buena fe que la carne de cerdo le hacía daño.

Una obra de 'Zárate' que se prestaba al antisemitismo de forma muy especial es *El vaso y la piedra,* donde se trata de la actividad de los santos Pedro y Pablo en Judea. Sin embargo, las alusiones a la sinagoga y la ley vieja se harán siempre dentro del respeto y la comprensión. Cristo ha venido para salvar a todos, y a los hebreos en primer lugar. El verdadero adversario de los apóstoles es un gentil, Simón el Mago, o un emperador también gentil, Nerón. La necesidad de ocultar su personalidad para Enríquez no incluía, como para otros, el oficiar de malsín contra los de su propia raza. También en *La escala de la gracia* se habla de sacerdotes y ritos hebraicos sin la menor reprobación.

Si se atiende a lo que sucede con las ediciones de las obras teatrales de

una y otra rúbrica, la cronología que se establece resulta también ilustrativa. Prescindiendo de las ediciones *sueltas,* tardías o difíciles de fechar, registramos cuatro comedias de Enríquez impresas en colecciones de Lisboa y Madrid entre 1649 y 1653 [35]. Antes se había publicado alguna más a nombre de Lope y de otros, contra lo que Enríquez protesta en el prólogo al *Sansón,* pero después de 1653 no vuelven a salir obras suyas publicadas en colección hasta el siglo XVIII. Las de 'Zárate', en cambio, se empiezan a imprimir en la serie de «Comedias Nuevas Escogidas» a partir de 1661; en diez años aparecen dieciocho comedias, no todas auténticas, y en dos tomos posteriores otras seis, es decir prácticamente su obra completa. Con la base de esta distancia temporal y con la carta del embajador de Venecia antes transcrita, podemos suponer que poco antes de su regreso Enríquez había introducido en la Península con la ayuda de comerciantes amigos antiguas obras suyas que vendidas a los empresarios teatrales, «autores», siguen su camino hasta los editores. Publicar su obra significaba para el poeta dramático perder el control de ella y sus beneficios, cosa que poco podía importar a Enríquez mientras estaba en Francia. Una vez en España no tendría ya ningún interés en editar comedias con su verdadero nombre, por los evidentes riesgos. Tampoco extraña que no se imprimiera ninguna obra con el nombre de Zárate hasta un año antes de su encarcelamiento, cuando lo sabemos acuciado por la pobreza.

Cabe constatar, por último, el hecho de que la comedia denunciada por el marqués en funciones de malsín no existe con el título, *El Rey Salomón,* que él cita. Lo más probable es que se trate de la que se enumera en último lugar en la lista que de sus 21 comedias da Enríquez en el prólogo al *Sansón Nazareno,* es decir *El Trono de Sal(o)món,* en dos partes, y de ella tampoco existe en la actualidad el menor rastro [36]. Hay que suponer que la denuncia surtió su efecto, o por lo menos eso puede conjeturarse de la respuesta del rey al embajador:

> «Ms de la Fuente ett^{a}. He visto vra. carta de 16 de octub en q̄ me dais qta. de haver llegado ahí algunos hebreos con sus casas y mucha hacienda que sacan de Castilla; y de las personas que haviais entendido benían a esta corte con nombres supuestos a pedir misericordia con ánimo de bolverse en concluyendo los negocios q̄ aquí tienen pendientes. De todo quedo adbertido y está ya prevenido lo que combiene. Agradezcoos mucho este cuidado y os encargo que siempre que penetrareis cosas de esta calidad me aviseis dellas con la mayor individualidad. De M^{d} a 8 de enero, 1650.» [A. H. N. *Estado,* libro 132.]

[35] *Engañar para reinar* se edita en *Doze Comedias las más famosas...* (Lisboa, A. Alvarez, 1649). *No hay contra el honor poder,* en la Parte II de la serie de *Comedias Nuevas Escogidas* (Madrid, 1652). *Zelos no ofenden al Sol* aparece en una Primera Parte «extravagante» de Madrid, Díaz de la Carrera, 1652, y en otra colección tomada en parte de ésta, *Doze comedias las más grandiosas...* (Lisboa, P. Craesbeeck, 1653).

[36] Acaso tenga relación con ella una comedia titulada *El Templo de Salomón,* que se enumera en el Indice de Medel del Castillo, atribuida a Lope de Vega, y que no he podido localizar. Adviértase que son varias las comedias de la lista del *Sansón* que hoy no se conservan.

No hemos tratado de averiguar si en efecto Alvaro de Silva fue apresado, y con él la comedia de Enríquez. No es difícil imaginar que si lo fue su suerte se vería bien comprometida, dados los informes que se tenían en Madrid de su persona. En ese caso, la comedia quedaría incorporada a la causa y sería posteriormente destruida, si es que no duerme aún en algún legajo.

VIII

Volvamos a Enríquez Gómez y su vida «doblemente críptica». Las razones del abandono de la posición adquirida en Francia y su vuelta a Sevilla probablemente han de permanecer ocultas para siempre. Los escasos comentaristas que ha tenido su obra poética prestan atención a la nostalgia que revelan varios poemas de las *Academias;* en la carta final de Albano se llegará incluso a desaconsejar con vehemencia el abandono del suelo propio por malas que sean las circunstancias. Révah atribuye esta situación de ánimo a la inadaptación del poeta durante la primera etapa de su exilio, en Burdeos; fase superada luego al trasladarse a Rouen y lanzarse a una actividad febril de publicista que le valdrá diversos honores. Sea como fuere, los prólogos al *Sansón* y *La Torre de Babilonia,* escritos en 1649 y por tanto muy poco antes de su marcha, nos muestran a un hombre seguro de su propio valer como autor, satisfecho de su situación y lleno de proyectos; anuncia la recopilación en dos volúmenes de toda su obra dramática y promete dar a la imprenta muy en breve varias obras nuevas de diverso género o segundas partes de otras. Nada, en suma, que manifieste la proximidad de un cambio de vida total como el que se le avecinaba. Y sin embargo Enríquez no llevará a cabo ninguno de los proyectos anunciados.

El editor Maurry, en su citada nota de 1656 «al que leyere», dice que el libro sale sin epístola dedicatoria y que sobre ello «no puedo dizir otra cosa sino que el Author dedicaua este Libro a un Principe tan grande en el nacimiento y en el valor como en la desdicha que tiene de verse en disgracia de su Rey» Es posible que se tratara de algún noble de los implicados en la Fronda (¿Condé?) con quien Enríquez se había vinculado excesivamente y que ello hiciera su situación difícil en la Francia revuelta de los 1650. Esto se sumaría a otras dificultades: las que tuvo que afrontar poco tiempo antes por causa de la publicación de su *Política Angélica* en un país que, oficialmente, tampoco toleraba el judaísmo [37].

Tal vez sea más aceptable otra razón menos pragmática que expone Caro Baroja tras aludir a un Enríquez Gómez ya viejo y resuelto a romper en gran parte con su pasado:

> Hoy día, en que las cuestiones de conciencia y las conversiones religiosas se tratan con una sutileza mayor que en otros tiempos, podemos imaginar, mejor que nunca lo ha sido hasta ahora, cuán áspera debió de ser la vida de los cristianos nuevos con cierta cultura, que

[37] Cf. I. S. Révah, art. cit. (1962), pp. 93-100.

> se encontraban como entre dos fuegos: con los poderosos argumentos del Cristianismo, frente a los de su vieja religión; con los sistemas de valores de una sociedad que les repudiaba, frente a los de la incómoda sociedad a la que pertenecían. Por otra parte, muchos de aquellos valores sociales hostiles les resultaban apetecibles, y las vanidades nobiliarias y genealógicas, los éxitos públicos en la sociedad cortesana, los gustos, en general, les hacían inclinarse a lo específicamente español y portugués, e incluso a caricaturizarlo o exagerarlo [38].

Caricatura y exageración sirven bien para definir la labor del dramaturgo en la comedia clásica española, y desde luego cuadran a la labor concreta del Zárate autor de *El valiente Campuzano* y las comedias de santos.

Aunque no hay dudas de que Enríquez practicó el judaísmo, y a lo que parece un judaísmo militante, tal vez convenga matizar el calificativo de 'aparentemente católicas' que da Révah a la mayoría de sus producciones conocidas. Ni todo tuvo por qué ser ficción ni hay que descontar la parte de auténtico conflicto personal que pudo darse en esta verdadera alma de Garibay. Los desengañados o heterodoxos del mosaísmo no son raros entre los sefardíes establecidos fuera de la Península y bien pudo ser nuestro autor uno de ellos. Entre una fe religiosa firme, el intento de síntesis con creencias distintas, el paso de una a otra, la simple indiferencia o, incluso, el ateísmo, cabían muchas posibilidades, incluso para el individuo del XVII español.

Hay que admitir, sin embargo, que en el caso específico de Enríquez Gómez, por lo que ahora se sabe del último período de su vida (y prescindiendo de la ambigüedad, interpretable muy diversamente, de las obras escritas con el nombre de Zárate), el judaísmo del autor parece haberse mantenido firme hasta el final. El diálogo sostenido con su hermano meses antes de ser arrestado por los inquisidores de Sevilla merece ser transcrito a este respecto:

> «Hace seis u ocho meses, cuando los dos solos, Antonio Enríquez Gómez y yo, atravesábamos el Arquillo de la Montería, me dijo él que se hallaba muy pobre y que, en cuanto llegaran los galeones, con los fondos que trajesen consignados a su nombre, se iría de Sevilla a Nápoles, porque era ya demasiado tentar a Dios permanecer aquí, pues si la Inquisición le prendía sólo el cielo podría ampararle. Yo le pregunté entonces por qué decía eso, y el dicho Antonio Enríquez me respondió que había escrito en Francia un libro contra la Inquisición. No dijo qué contenía ese libro ni si había sido impreso; lo único que declaró es que sólo por ser el autor de aquel libro perecería con toda seguridad si la Inquisición le arrestaba. Yo estaba ya al corriente de ello, pues me lo había referido en Rouen su mujer, Isabel Basurto, quien me contó que el dicho Antonio Enríquez, su marido, había escrito aquel libro en contra de la Inquisición y lo había enviado a uno (no recuerdo cuál) de sus tribunales en España; y dicha Isabel Basurto me expresó entonces el mismo temor de que su marido pereciese, si lo

[38] J. Caro Baroja, *La sociedad criptojudía...*, p. 120.

atrapaban en España, por ser el autor de tal libro. Al referirle yo lo que me había contado su mujer, Antonio Enríquez, sin añadir ninguna otra cosa, sacó un poco de tabaco» [39].

Esta declaración de Esteban Enríquez, hecha —no se olvide— ante unos jueces que no solían pecar de blandos en cuestión de ataques a su Tribunal (lo que justificaría alguna atenuación en el declarante), no refleja otra cosa que la conciencia clara del peligro, con ese espléndido detalle final de nuestro autor para indicar que no tenía más que decir, sin sombras de arrepentimiento por su conducta pasada.

En otro terreno muy diverso, pero dentro de esa misma fidelidad básica a sus principios, algún aficionado a interpretaciones psicológicas podría llegar a sospechar la existencia en Enríquez Gómez de algo comparable a un «instinto de muerte», a partir de las siguientes estrofas del *Sansón,* puestas en boca del héroe:

Tócame con tu llama luminosa
pues a la muerte con valor me entrego.
Dame aliento, Señor, para vengarme
y tu auxilio eficaz para salvarme.
Yo muero por la ley que tú escribiste,
por los preceptos santos que mandaste,
por el pueblo sagrado que escogiste
y por los mandamientos que ordenaste.
Yo muero por la patria que me diste
y por la gloria con que el pueblo honraste.
Muero por Israël, y lo primero
por su inefable nombre verdadero.
Yo me ofrezco a la muerte por que sea
redimido mi pueblo en este día
de la dura potencia Phelistea;
arbitrio de la misma tiranía
sacude el yugo la nación Hebrea,
goze este triumpho con la sangre mía.
Salva a Israël, Señor, sea mi vida
víctima sancta y lámpara lucida.

Estas octavas, sin el menor paralelo directo con el texto bíblico inspirador (*Jueces,* 16), pertenecen al final del último canto del poema (estrs. 60 a 62), es decir, el canto que, según ya se ha indicado, llegó a poder del impresor siete años después que el resto. La única explicación verosímil es, por lo tanto, que fue escrito en España y remitido por «Zárate» desde Sevilla a Rouen en 1656, cuando a Enríquez le quedaban ya muy pocos años de vida. Las dos primeras octavas las reprodujo Menéndez Pelayo como parte de la «media docena» que

[39] «Retraduzco» a partir de la versión francesa de Révah, art. cit. (1962), p. 113.

estima lo único digno de leerse en todo el poema [40]. La tercera, que no reproduce, tal vez le pareciese de un «hebraísmo» excesivamente agresivo.

IX

En una polémica sonada de las últimas que sostuvo Américo Castro [41] afirmaba de pasada el ilustre historiador su desinterés por los judaizantes Enríquez Gómez y Miguel (Daniel Levi) Barrios, en cuanto que no son comparables a los escritores conversos. No parece muy justo emparejar con Enríquez al pedigüeño y vulgar Barrios, hombre sin sombras de la menor complejidad mental o literaria, como no sea la bibliográfica. Por otra parte, varias de las notas que definen según Castro al escritor de linaje converso sí pueden descubrirse en la obra de Enríquez Gómez («Sentir y no vivir fue acción lucida», dirá de sí mismo en un buen soneto); si es que tales rasgos significan algo: conciencia de la propia soledad y repliegue en lo íntimo, melancolía y desesperación, visión del mundo y la sociedad como caos, acometividad contra esa sociedad en forma dolida, irónica o amarga, etc. Claro es que no sabría decirse si estos y otros rasgos dejan de aplicarse a partes de la obra de autores tan 'cristiano viejos' como Quevedo, o habría que matizarlos mucho más, pero sí que se hallan expresados, y con vigor, en *El siglo pitagórico,* los poemas de las *Academias* o las prosas de *La Torre.*

Lo que en realidad motivaba el juicio de Américo Castro es el poco aprecio que en general se atribuye desde mucho tiempo atrás a la obra de Enríquez Gómez. Seguramente con plena justicia. El que escribe, sin embargo, y condicionado como está por la simpatía que le inspira el autor, se ha de permitir algunos juicios arbitrarios a sabiendas de que son poco compartibles y sin pretensiones de alterar las escalas, 'escalafones' que dice don Julio Caro, de valoración propias de nuestro Parnaso. Piensa, así, que daría con gusto varias Políticas de Dios a lo Quevedo a cambio de los dos diálogos de la angélica, más modesta, que ha podido leer. Del mismo modo y llevado por una falta temporal de perceptibilidad para las bellezas formales es posible que cometiera el error de trocar alguna que otra soledad gongorina por unas pocas de las elegías o epístolas del judaizante, tan prosaicas como se sabe. En los versos de Enríquez Gómez cree encontrar, al menos, algo de lo que no va muy sobrada nuestra poesía áurea, es decir ideas que necesitan de otra exégesis que la puramente mitológica o gramatical.

El *Gregorio Guadaña* no está llamado a merecer muy subidos elogios, y menos ahora que la crítica tiende a esencializar los méritos del *Guzmán* y convertirlos en patrón valorativo inalcanzable para los novelistas posteriores. Claro que los autores que suceden a Alemán, y a quien sin duda tenían muy presente, no tenían por qué proponerse llegar tan alto, y lo mismo que les impide alcan-

[40] *Heterodoxos,* V. ed. cit., p. 315. La valoración que del poema hace F. Pierce, en *La poesía épica del Siglo de Oro* (Madrid, 1968, 2.ª ed.), pp. 315-316, es menos desfavorable.
[41] *Insula,* núm. 247 (junio 1967).

zar sus profundidades les facilita el logro de otras virtudes, más específicamente literarias según el gusto moderno. Así, siempre según el que escribe, hay en el *Gregorio Guadaña* una desigual pero excelente novela de tono menor que tiene el mérito de ser rápida y divertida. A ello colabora su brevedad, pero también son breves varias novelas de Castillo Solórzano, por ejemplo, y el resultado no es el mismo. De las prosas de *La Torre de Babilonia* ya dijo Menéndez Pelayo que eran detestables, y no cabe más que decir; lo que sí puede hacerse es leerlas. Quien lo haga se encontrará con una obra que, fracasada, sí, como propia literatura, se despega del esquema de los *sueños* de Quevedo y anticipa en más de un aspecto el mundo de *El Criticón*.

En cuanto al teatro de Enríquez Gómez, es cuestión desprovista de interés averiguar si corresponde clasificarlo como dramaturgo de segundo, tercero o cuarto orden. Lo cierto es que sumadas las obras que circularon con su nombre a las que llevan el de Zárate pueden entresacarse algunos dramas nada desdeñables. *A lo que obliga el honor,* por ejemplo, es una magnífica tragedia y si se compara sin prejuicios con *El médico de su honra,* de Calderón, a la que se dice con ningún fundamento que sigue los pasos, más de uno pensará que es muy superior. No hay tantos versos y metáforas redondas, pero nos liberamos por lo menos de las continuas impertinencias de un gracioso que lo es muy poco y, sobre todo, de la sangría final, capaz de encalabrinar las entrañas del más devoto aficionado a los dramas de honor. A cambio de unos personajes de 'altura moral' y 'dignidad humana' más que ausentes, exceptúese si acaso al rey Don Pedro, la tragedia de Enríquez tiene esos y otros méritos, como la sobriedad y una tensión creciente menos mecánica y bastante mejor conducida. Todo, ni hay que advertirlo, siguen siendo estimaciones tan subjetivas como cualquier otra. Vaya en descargo de Calderón que esta obra, pese a la abundosa bibliografía que ha originado, no es de las que dan su talla. Otro carácter de altura trágica excepcional es el Poncio Pilato de *La culpa más provechosa,* de 'Zárate', obra insólita en todo el teatro clásico en cuanto que presenta un conflicto entre acción y «destino» que la ortodoxia del momento consideraba escandaloso aun imaginarlo [42].

Fuera del género trágico hay en las obras de Enríquez-Zárate alguna comedia que si los adjetivos encomiásticos estuvieran menos gastados podría llamarse deliciosa, en especial *Mudarse por mejorarse.* Tampoco falta gracia en *La presumida y la hermosa* o *Antes que todo es mi amigo.* Hay desde luego mucha obra de stock y comedias flojas (*No hay con el amor engaños, Celos no ofenden al sol, Quererse sin declararse, Quien habla más obra menos*...), como las hay en los ingenios llamados «de primer orden». Pero incluso en obras tan de circunstancias como las de santos hay que atribuir a 'Zárate' cierta originalidad en el cultivo de una variedad de comedia donde lo hagiográfico se desplaza en favor de la subintriga laica, como ocurre en *El obispo de Crobia*

[42] Esta comedia no ha sido publicada nunca, hasta donde sabemos, a nombre de Zárate. Se conserva en dos copias manuscritas de la Biblioteca Nacional de Madrid, y en una edición que la atribuye a Villegas.

y *Las misas de San Vicente. Diego de Camas* y *El valiente Campuzano,* en fin son comedias que aún se leen con gusto y que contribuyen a fijar más que ninguna otra, y en fecha temprana, el arquetipo de la comedia de guapos o valentones que tendrá especial éxito a principios del XVIII. El éxito editorial que tienen en ese siglo algunas comedias de Zárate (con *El maestro de Alejandro* a la cabeza) podrá parecer ahora inexplicable, pero es un hecho y justifica que en más de un caso se usara su nombre para apadrinar obras ajenas, incluso de Lope y Calderón.

Un conocedor de la materia, que limita su análisis a las comedias del autor firmadas con su nombre verdadero, habla de su «extraordinaire originalité... Il est l'un des premiers à intégrer les épisodes dans l'intrigue, ce qui a pour effet de rapprocher sa comedia du roman contemporain et à retarder jusqu'au dernier moment un dénouement imprévisible» [43].

El mismo Aubrun estima, sin embargo, que «la nouvauté, au XVIIe siècle de son apport réside moins peut-être dans la technique que dans les thèses politiques et morales». Esto debe aceptarse, sobre todo si se extiende a las obras no teatrales. En los tratadistas políticos españoles del XVII, estudiados por Maravall en conjunto hace ya años, es raro encontrar otra cosa que ilustres vulgaridades. A vueltas con la educación que debe recibir el príncipe, las limosnas que tiene que dar y otras cuestiones similares, se acaba por no saber de qué mundo están hablando, con la excepción honrosa de ciertos tacitistas y arbitristas algo más avisados. Pero en general tiene razón Lynch para ridiculizarlos como lo hace, y por lo mismo es reconfortante que hubiese algunas gentes como Enríquez Gómez o su amigo el capitán Vila-Real capaces de declararse abiertamente en contra de la facultad de sus soberanos para controlar la conciencia de sus súbditos, y que llegaron a esgrimir razones morales 'ortodoxas' y también de índole más moderna —y utilitaria— para defender algo no muy lejano de la pura libertad religiosa. Todo ello sin que deje nunca de notarse que se están refiriendo a la realidad de la Península, incluso si no la nombran. Poco importa al caso que sus escritos doctrinales aparecieran en Francia o que fuesen sus circunstancias personales lo que les llevara a defender estas conclusiones.

Incluso en obras aparentemente tan inocuas como las escritas en la época Zárate nos sorprende Enríquez con, por ejemplo, una descripción de la forma en que los españoles capturaban esclavos en las islas de Africa; descripción

[43] Charles V. Aubrun, «Theses, amorces de travaux, idées à creuser», *Bulletin Hispanique,* LIX (1957), pp. 89-90. Se reseña aquí la *memoire* inédita de Mlle. Chr. Dubuisson *Antonio Enríquez Gómez, poète dramatique.* El mismo crítico al referirse a las ideas políticas y morales de Enríquez estima que son «un trait de son afrancesamiento», lo cual es difícil en comedias escritas con anterioridad a su establecimiento en Francia, como lo son todas las que firma con el nombre auténtico, si es correcta, según parece, la opinión de Révah. En cuanto a las obras doctrinales, hablar de «afrancesamiento» es aún menos comprensible; nada más distante al mundo francés del siglo XVII que la obra de Enríquez Gómez. Tampoco veo razón para considerarlo más discípulo de Calderón que de Lope, sobre todo si se tiene en cuenta la descripción del entorno teatral madrileño que se hace en el prólogo al *Sansón Nazareno.*

acompañada de censuras. El barco llega a la playa, sus tripulantes se presentan en forma amistosa «y en fee de que eran amigos / más de ducientos isleños / conducieron al navío; / pero apenas nos tuvieron / en su poder quando altivos / tendiendo todo el velamen / por los campos cristalinos / alas les prestó el Favonio / llevándonos por cautivos, / sin más ley ni más derecho / que la ambición, conocido / pretexto de la codicia, / hidra feroz de los siglos» [44]. Es cierto que el autor justifica la esclavitud, pues los negros «con nuestra tinta escribimos / la esclavitud que traemos / aun antes de auer nacido», y el narrador del episodio dará a lo largo de la comedia muestra de una ingratitud y alevosía que prueban una maldad innata. Pero por lo pronto Zárate hace que el barco naufrague con su presa y que perezcan todos los que van en él, excepto uno de los negros. Castigo divino. También en *La conquista de México* vemos a los indios hacer algún que otro comentario burlesco a propósito de la sed de oro que manifiestan los conquistadores, y que ven poco compatible con las elevadas razones de tipo religioso que ha dado Cortés para justificar su empresa.

X

Ello es que Antonio Enríquez Gómez no parecía hallarse precisamente destinado por su carácter, sus gustos personales y modelos preferidos, a ser un disidente de la tan celebrada España unánime (qué gracia) de su tiempo. Una y otra vez asoma en sus escritos de amena literatura la tendencia a dejarse llevar por la corriente de pensamiento más tradicional, tras las huellas de su reverenciado Quevedo. Las mismas críticas indiscriminadas contra el arbitrismo, la misma antipatía por los profesionales «ilustrados» de las actividades más o menos objetivas y «científicas» (médicos, banqueros, hombres de leyes), el mismo pesimismo antivital. Ningún escritor tampoco más preocupado, descontemos ahora el necesario disfraz, por las cuestiones de linaje, en contradicción palmaria con sus obras doctrinales. El propio Olivares, única esperanza de los conversos en muchos años, es objeto en *El Siglo* de uno de los ataques más enconados que pueden leerse contra la persona a quien se debió un pequeño, y único, ensayo de distensión racial bajo el Gobierno de los Austrias.

Lo curioso es que si Enríquez llega, a pesar de todo, a posiciones críticas que superaban en cierta medida las posibilidades del entorno al que se dirigía es precisamente a partir y en nombre de una legalidad moral y humanitaria más primitiva que la que combate. El fenómeno no es nuevo; las virtualidades revolucionarias que pueden darse en un pensamiento arcaizante, deliberado o no, han sido puestas de relieve varias veces. Recordamos ahora un magnífico trabajo de Rodríguez Adrados a propósito de la *Antígona,* de Sófocles —o los capítulos que él mismo dedica a Esquilo en *Ilustración y política en la Grecia clá*

[44] *Las misas...,* Parte XXIII de «Comedias Escogidas» (f. 186*b*).

sica—, y otro de Maravall sobre el ruralismo señorial en Valle-Inclán. Otro tanto podría decirse del anarquismo pagano y regocijante del Jaun de Alzate en Pío Baroja, o del mundo de Faulkner y otros autores modernos. Los riesgos implícitos en una Ilustración o un orden burgués demasiado excluyentes y pagados de sí mismos —y todos lo son— suelen ser percibidos muchas veces antes que nadie por la persona, el escritor, ligada en un sentido u otro al mundo de creencias barridas por la nueva situación, que al instalarse incomprende la parte de racionalidad que existía en la situación anterior. Esa misma racionalidad excluida se toma el desquite en su momento al encontrarse con que viene a coincidir en algo o en mucho con otras corrientes de oposición generadas por la propia dialéctica del nuevo orden de cosas. Pero esto es alejarse demasiado.

En el caso de Enríquez Gómez hay que atribuir la nueva perspectiva crítica de algunas de sus obras, y su avance ideológico a su peculiar situación étnica y, sobre todo, al distanciamiento proporcionado por la experiencia del exilio. Perspectiva y avances limitados y, tal vez, reversibles dentro de su misma vida, pero válidos y no tan frecuentes en su siglo como para no merecer una mayor estima de la que ha recibido hasta ahora *.

* Este trabajo fue redactado en junio de 1974. Hoy (octubre de 1977), pese a haber seguido interesado en el tema, he preferido no introducir más que algunos cambios mínimos además de añadir ocasionalmente nueva información. Es posible que circunstancias específicas y personales de mal humor en el momento, junto a la admiración, ésta mantenida, por la buena prosa de D. Julio Caro (incluidos sus «radicalismos», tan compartibles siempre), me hayan jugado alguna mala pasada en cuanto a la expresión de lo que no son hechos de pura historia literaria. Pero es el caso que sigo pensando sustancialmente igual, salvo los esquematismos que advierto ahora en los dos últimos párrafos. Matizar y corregir adecuadamente supondría entrar en temas tan abstrusos como el del realismo y su crítica, de Lukács y Brecht en adelante, con los agravantes de la aplicación a un autor del siglo XVII

APENDICE

(Se incluyen aquí cuatro de los textos señalados en el apartado VI con objeto de facilitar su comparación.)

(A 1)

Busqué los amigos de Don Cosme y el vno dellos llamado Pablillos por mal nombre auía reñido con otro de la misma cuadrilla, a quien llamauan Sebastianillo el malo, medio rufián y Caco por naturaleza, si bien por no tener que hurtar andaua con la boca abierta robando el ayre. Díxome Pablillos que lo auía de matar avnque supiese pernear en la de palo. Vile tan rematado que me obligó a dezille que yo le daría de palos vna noche por despicalle; otorgó el partido y otro día por la mañana saqué mano a mano a Sebastianillo por la calle de Atocha y díxele cómo su enemigo estaua resuelto a matalle por çierto agrabio que auia reçeuido por su mano, pero que por escusar vna desgraçia le auía reduçido a que fuese su amigo, con calidad que yo le auía de dar de palos en su nombre; que se siruiese de aguardarme aquella noche a la puerta de su casa, que yo haria la proteforma de palermo [plataforma de Palermo, *corrige la BAE], con lo qual él quedaría sin palos, Pablillos vengado, y yo gustoso de avellos hecho amigos. Estubo vn poco suspenso antes de soltar el sí, pero en fe de nuestra amistad dixo que reçibiría los palos de veras quanto más de burlas. Despedíme dél y di quenta a Pablillos de cómo aquella noche sacaría a limpio su honrra. Busqué vn garrote acomodado, púseme de ronda y fui a las nuebe de la noche con Pablillos a dar fin al duelo. Auía mi Sebastián mudado de pareçer, y en lugar del beneficio que le quería hazer me tenía la justiçia en su casa para salir al primer golpe y prenderme. Fue así: llegué a leuantar el palo y dio conmigo un primo hermano de «Téngase a la justicia» con su escriuano, diziendo a voces que venía a matar a Sebastianillo a su casa. Agarróme un corchete y el alguazil dos, y como si fuera el mayor ladrón del mundo así me lleuauan por la calle, quitándome la espada y lleuándose el garrote por testigo. Al llegar a la de Toledo procuré ser Sansón contra aquellos filisteos, di dos golpes al escriuano en la boca del estómago y vino a tierra; al alguazil le solté la capa, y al corchete la pretina, y con más ligereça que ellos diligençia me puse en mi posada. Salió mi criado a receuirme, y admirado de verme gentilhombre de a pie me preguntó si me auian capeado algunos ladrones; yo le dixe que sí (y era verdad), púseme nueba librea y lleuéme devajo de la capa un garrote de tres palmos y medio, algo más seguro que el primero, con yntençión de suplicar a mi Sebastianillo que pues no auía querido receuir los palos de burlas los reçiuiese de veras. Tomé la espada y daga de mi criado, y con más cólera que atreuimiento me fui a su casa. Hazía la noche calurosa, y estaua el pícaro sentado en vna silla a la puerta tomando el fresco, pero como le faltaua abanico llegué con el de enzina que traya en la mano, y dile una doçena de palos (salbo error de quenta) tales que vastaron a tendelle en el suelo; y sacando la daga le di vn chirlo de cosa de diez puntos ziruganos, que ninguno se los quitara por el tanto. El quedó como mereçia y yo me fui como deseaua, quedándome tan liuiana la mano que podía bolar con ella. Encontré con mi Pablillos, que auia puesto pies en polborosa quando vio la justiçia, y dándole parte de su desagrabio y el mío empezó a dançar de alegría y canonizóme por vno de los más balientes hombres del mundo.*

(A. Enríquez Gómez, *El Siglo pitagórico* [Rohan, 1644], pp. 125-127.)

(A 2)

Un hidalgo de Granada
sabiendo que Juan Paloma
le auía hecho un agravio
me dixo: —A mi honor importa
que a Juan Paloma matéis.—
Parecióme recia cosa
y díxele: —No conviene,
con unos palos le sobra.—
Contentóse con los palos;
era el Juan, sin ceremonia,
conocido mío, y todos
le llamaban por la sorna
hombre sin hiel, y sin duda
que lo fue por la Paloma.
Fuime a ver con él, habléle
en el Zacatín a solas
y díxele que yo iría
haciendo la proteforma [1]
de que le daba los palos,
pues con esta industria sola
se libraba de la muerte.
Dijo que sí, y a la hora
que yo llegué me tenía
casi la justicia toda.
Al primer palo fingido,
sin tener misericordia,
la justicia me llevaba
al mesón de las congojas.
Echáronme tres corchetes,
alanos de las personas,
y al llegar junto a la iglesia
con aquesta mano propia
di con uno en un texado
y con los dos a la sombra.
Libréme de la justicia,
entré en casa por la posta,
cojo un garrote terciano,
voy a ver a Juan Paloma,
y fueron tantos los palos
que por una parte y otra
llovieron sobre su cuerpo
en abono de mi honra,
que con ser hombre sin hiel
echó la hiel por la boca.
Sabe Dios lo que me pesa,
téngale Dios en su gloria.

(F. de Zárate, *El valiente Campuzano,* en *Pensil de Apolo... parte catorze* [Madrid, 1661], fol. 116*v.*°)

[1] *Proteforma,* es corregido en *plataforma* por la BAE y ya por las ediciones sueltas del siglo XVIII. Lo mismo sucedía en *El Siglo pitagórico.* Es decir, que tanto Enríquez como «Zárate» usaban y escribían una palabra que además de no aparecer en los diccionarios y no ser entendida por los editores más tardíos, nadie, que sepamos, excepto «ellos», ha utilizado.

(B 1)

Dióle a la vieja su mal tan fuertemente que se ahogaba; acudí a su remedio, y la maldita madre quería dar cuenta de la hija. Ella me dijo: —Hijo mío, yo me muero, pregunte si hay una ventosa, que en el ombligo es todo mi remedio; de no, mi hora es llegada.— Yo pregunté a la ventera si la tenía; díjome que no, pero que podía servirme de un orinal. Yo con la priesa no reparé si le sería a propósito; pedí estopas, metíle cantidad, y di con mi orinal en la barriga de la vieja. Dios nos libre, tiró tan fuertemente que se llevó tras sí las entrañas de la pobre Matorralba; yo que vi el vidrio lleno de tripas, eché a correr dando voces, llamando al fraile, que la confesase. Acudió él, y como vio el espectáculo llamó a la ventera diciéndole que le quitase la ventosa. —¡Ay, señor! —dijo—, esa le ha dado la vida; déjela su merced sosegar con ella una hora.— Entró doña Beatriz, y con diligencia arrancó el orinal rellenado, y dijo la vieja: —No hagan burla, por vida de Beatricica, que si el señor don Gregorio no me socorre con la ventosilla, me muero.—

(A. Enríquez Gómez, *El Siglo pitagórico, ed. BAE XXXIII*, «Vida de don Gregorio Gaudaña», p. 272*b*.)

(B 2)

Arméme de mi doctor
para que alguno me diesse
Oí que lloraba un padre
con lágrimas a porfía
una hija que tenía
enferma de mal de madre.
Quise echarle una ventosa
por aliviar su fatiga,
en medio de la barriga,
que, dicen, es provechosa.
Traxéronme un orinal
de ocho cuartillos cabales;
echéle cinco quintales
de estopas, y por mi mal
apenas el vidrio pongo
en el cofre, que vibró,
quando el orinal sorbió
siete arrobas de mondongo.
Yo, que vi lo bien prendido
del orinal rellenado,
quise acogerme a sagrado...

(F. de Zárate, *Los filósofos de Grecia, Eráclito y Demócrito*, ed. suelta, Salamanca, s. a., número de serie 40, jornada 3.ª, p. 28*b*.)

[Ya en pruebas de este trabajo he tenido ocasión de ver la espléndida edición de *El siglo pitagórico y vida de Don Gregorio Guadaña* (París, 1977), debida a Charles Amiel. Esta edición, que abre época en los estudios sobre nuestro autor, aduce los mismos textos que recogemos en este apéndice.]